



## Caja negra

La primera vez que caminé por la orilla del lago Coñaripe fue de la mano de mi padre. Él llevaba su cámara análoga colgada al cuello y miraba concentrado el paisaje.



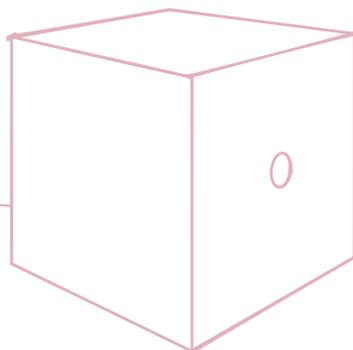
Trabajamos toda la tarde, mientras nos reíamos de mi forma de pintar, las imperfecciones que iba dejando y cómo mi padre mejoraba el aspecto de mi caja oscura. Usamos una tapa de yogurt de aluminio y papel vegetal que una vecina pastelera me regaló. Quedó perfecta, o eso pensé. Mi proyecto no lo entendieron mis compañeros mientras los hacía mirar por el agujero para que observaran cómo se reflejaba el exterior dentro de mi caja. Y eso solo creó una convicción dentro de mí: de grande quería ser fotógrafa igual que mi padre.

La tarde que caminamos juntos por el lago Coñaripe, mi padre buscaba un coipo o nutria roedora, como era conocida. Desde hacía un tiempo fotografiaba animales chilenos para una revista local y la misión era encontrar esta falsa nutria, muy parecida a un castor de cola larga y pelo áspero, en su hábitat. Sabía que eso era posible solo si hacíamos la búsqueda de noche, a la hora en que los coipos salían a trabajar en sus madrigueras. El lago era uno de sus lugares para vivir y lo recorrimos hasta el final, entrando en un humedal donde solo nos guiaba la luz de la luna. Mientras avanzábamos mi padre me contaba que el coipo era una especie en estado de vulnerabilidad porque su pelaje era apreciado y su carne también y por eso era necesario fotografiar su vida, extrapolar sus sueños y demostrar que un animal tiene tanto derecho a vivir como un ser humano.

Divisamos un coipo luego de tres horas de movernos sigilosos por el humedal. Cuando escuchamos un ruido, mi papá me alertó, apuntó hacia una isla hecha de pastizales y madera. Ahí se movía, con destreza, un coipo. Mi padre me pidió mantener la distancia y se alejó. No vi flash ni luces indicando que fotografiaba al animal. Volvió a los minutos con su rostro cansado pero satisfecho, tomó mi mano y emprendimos el camino de vuelta.

Mi padre murió al año siguiente de haber caminado juntos por el lago Coñaripe. En su funeral llevaba en mi cuello su fotómetro y a modo de homenaje medí la luz que a esa hora llegaba directo al enorme parque que albergaría su cuerpo. Estuve ahí por mucho rato hasta que mi madre me acarició la cabeza devolviéndome a la realidad, habría sido una fotografía perfecta.

Muchos años después me compré mi primera cámara fotográfica, y aunque era automática, usaba el fotómetro para medir la luz. En mi departamento colgué la fotografía del coipo que agarraba su nariz con sus dos manos, manteniendo sus pequeños ojos cerrados. Lucía resplandeciente, como si hubiera sido retratado de día. Y yo vuelvo a pensar en el misterio de la caja negra, de la luz y de que no existe oscuridad sin la suficiente belleza.



**Dolores Calvario**